

peros que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo, ni llama á fuera la sangre, antes la recoge á dentro, y la pone á la redonda del corazón, y deja frio lo exterior de la carne, y por la misma razón aprieta los poros de ella. Y así no fué el temor el que sacó á fuera la sangre de Cristo, sino si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro, y con que al temor resistió, ese, con el tesón que puso, le abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí, para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos; armó contra sí en aquella noche, todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel, y como en un escuadrón moviese guerra á su alma. Porque figurándolo todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente, lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esta misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto hizo también que considerase su alma las causas, por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas, y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza de ellas, y con la indignación grandísima, y la encendida ira que Dios contra ellas concibe: y ni más ni ménos consideró el poco fruto, que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los más de los hombres.

Y todas estas cosas juntas, y distintas, y vivisimamente consideradas le acometiéron á una, ordenándolo Él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyo, ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, ni para vencerla, les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes como he dichos cuanto fué posible, se las acrecentó: ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, ó con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella más sus sentidos; ó con la defensa de su divinidad, bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor; ó á lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos, y volviéndola á aquesta otra consideración; ó templando siquiera la una consideración con la otra: sino desnudo de todo esto, y con solo

el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre, y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara, y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo, y lo sujetó debajo sus piés. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró á la victoria, llamó á fuera los espíritus y la sangre, y la derramó. Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores haciendo en sí pruebas de ellos, según esta manera de decir, aun se cumple mejor. Porque no sólo sintió el mal del temor, y la pena de la congoja, y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos, y el desear algo que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio, y contra su misma imaginación, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente á los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y el peleando uno contra tantos valerosamente vencerlos con no oido trabajo y sudor, también lo experimentó.

Mas de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído á muerte por sus mismos amigos, como Él lo fué en aquella noche de Judas: el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado: el dolor de trocarse los amigos con la fortuna: el verse no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente. La calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez: males, que sólo quien los ha probado los siente. La forma de juicio, y el hecho de cruel tiranía, el color de religión, adonde era todo impiedad y blasfemia. El aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el



sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo mejorándose á dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse después.

Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos, y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, y se recogió á tratar de ello con Cristo; resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato á Herodes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo; quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, á quien con tantas buenas obras Cristo tenía obligado: cuando les dió poder que librasen al homicida, ó al que restituía los muertos á vida: cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en visión, y le amonestó que no condenase á aquel justo: qué fué sino un llegar casi á los umbrales el bien? Pues este subir á esperanzas alegres, y caer de ellas al mismo momento; este abrirse el día del bien, y tornar á oscurecerse de súbito; el despintarse improvisamente la salud que ya ya se tocaba: digo pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas, que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien, y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó también en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

Infinito es lo que acerca de esto se ofrece: mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejo la sentencia injusta, la voz del pregón, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran REY, los gritos del pueblo, alegres en unos, y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento. Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa; Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro

por las partes más sensibles del cuerpo, es tormento grandísimo; con clavos fuéron allí atravesados los piés y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las más viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo; antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural, y el afecto humano y común, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz; ofreciéndoselo á Cristo, lo desechó. Porque daban á beber á los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino confeccionado con mirra é incienso, que tiene virtud de ensordecen el sentido, y como embotarle al dolor, para que no sienta: y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

Ansí que desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo, y el corazón armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro REY en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo Él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos; padeció lo que decir no se puede. Porque en qué parte de Cristo, ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón, la Madre viva y muerta presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia á su sangre, que como deseosa de lavar nuestras-culpas salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra Vida despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir, los frios tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte también.

Pero para qué me detengo yo en esto? Lo que agora Cristo, que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse á trabajos. Cuántos hombres, ó por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nom-



bre? Y con ser así que Él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien, de, en la opinión de los hombres, padecer esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse así de él, y para conformarse siempre con él.—Nuevo camino para ser uno REY, dijo aquí Sabino vuelto á Juliano, es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo, si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza é institución de los Príncipes; aunque bien sé, que los que agora viven, no le siguen. Porque en el no saber padecer, tienen puesto lo principal del ser REY.—Algunos dijo al punto Juliano, de los antiguos quisieron, que el que se criaba para ser REY, se criase en trabajos, pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente: mas en trabajos de ánimo, que le enseñasen á ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aqueste Rey de Marcelo, Rey propiamente hecho á la traza y al ingenio de Dios: el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios á los del mundo, que sigue el engaño.

Así que no es maravilla, Sabino, que los Reyes de agora no se precien para ser Reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser Reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado á nuestro provecho, y conforme á esto se cualificó á sí mismo, y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien á sus súbditos: mas estos que agora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, cuanto á lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios; la experiencia de cada día nos enseña, que no son los que deben, por carecer de él. Porque de dónde pensais que nace, Sabino, el poner sobre sus súbditos tan sin piedad tan pesadísimos yugos, el hacer leyes rigurosas, el ponerlas en ejecución con mayor crueldad y rigor; sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la aficción y pobreza?—Ansí es, dijo Sabino: pero qué ayo osaría ejercitar en dolor y necesidad á su Príncipe? ó si osase alguno, cómo sería recibido y

sufrido de los demás?—Esa es, respondió Juliano, nuestra mayor ceguedad, que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por bajeza, que nuestro Príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habéis oído, que lo supiese. Mas si no se atreven á esto los ayos, es porque ellos, y los demás que crían á los Príncipes, los quieren imponer en el ánimo, á que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura á sus súbditos; y en el cuerpo, á que ensanche el estómago cada día con cuatro comidas, y á que aun la seda les sea áspera, y la luz enojosa.

Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar, y quitamos en ello á Marcelo el suyo, ó por mejor decir, á nosotros mismos el de oír enteramente las cualidades de aqueste verdadero REY nuestro.—A mí, dijo Marcelo, no me habéis, Juliano, quitado ningún lugar; sino antes me habéis dado espacio para que con más aliento prosiga mejor mi camino. Y á vos, Sabino, dijo volviéndose á él, no os pase por la imaginación, querer concertar, ó pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su REY, con las que tienen estos Reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su REY: ni su reino de ellos se acabara con ellos, y el de nuestro REY fuera sempiterno, como es. Ansí que pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por Reyes, si padecen alguna pena: que Dios procediendo por camino diferente, para hacer en Jesucristo un REY que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo, para que no se desvaneciese en soberbia con la honra; y le sujetó á miseria y á dolor, para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás de esto, y para el mismo fin de buen REY, le dió un verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas, y de todas las obras de ellas, ansí las que fueron, como las que son y serán: porque el Rey, cuyo oficio es juzgar, dando á cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia: que el conocimiento que tienen de sus reinos los Príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, más los ciega, que los alumbrá.

Porque demás de que los hombres, por cuyos ojos y oídos ven y oyen los Reyes, muchas veces se engañan; procuran



ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses é intentos. Y así por maravilla entra en el secreto real la verdad. Mas nuestro REY, porque su entendimiento como clarísimo espejo le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Isaías (Isai. cap. XI, v. 3.) ni reprende, ni premia por lo que al oído le dicen, ni según lo que á la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado: ni tiene de sus vasallos la opinión que otros vasallos suyos aficionados ó engañados le ponen, sino la que pide la verdad, que Él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer á los suyos, así mismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas también en Él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos á los de su reino: de arte que no trabajaran remitidos de unos á otros ministros con largas. Mas lo que es principal, hizo para perfeccionar este REY, que sus súbditos todos fuesen sus deudos, ó por mejor decir, que naciesen de Él todos, y que fuesen hechura suya, y figurados á su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero que toca á las cualidades del REY, y entra en lo segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos. Y digamos ya de ellas. Y á la verdad casi todas ellas se reducen á esta, que es ser generosos y nobles todos, y de un mismo linaje. Porque aunque el mando de Cristo universalmente comprende á todos los hombres, y á todas las criaturas, así las buenas, como las malas, sin que ninguna de ellas pueda eximirse de su sujeción, ó se contente de ello ó le pese: pero el reino suyo, de que agora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de REY, y el que ha de durar perpetuamente con Él descubierto y glorioso (porque á los malos tendrállos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas) así que este reino son los buenos y justos solos, y de estos decimos agora, que son generosos todos, y de linaje alto, y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nacimientos; mas, como esta mañana se dijo, el nacimiento en que se diferencian, fué nacimiento perdido, y de quien caso no se hace para lo que toca á ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que San Pablo llama

nueva criatura, cuando á los de Galacia escribe diciendo (Ad Galat. cap. VI, v. 15.) *Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión ni el prepucio, sino la criatura nueva.* Y así todos son hechura y nacimiento del cielo, y hermanos entre sí, é hijos todos de Cristo en la manera ya dicha.

Vió David esta particular excelencia de este reino de su nieto divino, y dejola escrita breve y elegantemente en el Salmo ciento y nueve, según una lección que así dice (Ps. CIX, v. 3.): *Tu pueblo principes, en el dia de tu poderio.* Adonde lo que decimos *principes*, la palabra original, que es *Nedaboth*, significa al pié de la letra liberales, dadivosos, ó generosos de corazón. Y así dice, que en el dia de su poderio, que llama así el reino descubierto de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que agora se le opondrá, viniere en el último tiempo, y en la regeneración de las cosas, como puro sol, á resplandecer solo, claro, y poderoso en el mundo: pues en este su dia, cuando Él, y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en oscuridad y tinieblas, en este tiempo, y en este dia su pueblo serán principes. Esto es, todos sus vasallos serán Reyes, y Él, como con verdad la Escritura le nombra (Apoc., cap. XIX, v. 16.) REY DE REYES será, y señor de señores.

Aquí Sabino, volviéndose á Juliano: Nobleza es, dijo, grande de reino aquesta, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningún vasallo es, ni vil en linaje, ni afrentado por condición, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y páreceme á mí, que esto es ser REY propia y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados.—En esta vida, Sabino, respondió Juliano, los Reyes de ella, para el castigo de la culpa, están como forzados á poner nota y afrenta en aquellos á quien gobiernan. Como en la orden de la salud y en el cuerpo conviene á las veces maltratar una parte, para que las demás no se pierdan. Y así cuanto á esto no son dignos de reprehensión nuestros Principes. — No los reprendo yo agora, dijo Sabino, sino duélome de su condición, que por esa necesidad, que, Juliano, decís, vienen á ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y débeseles tanto más lástima, cuanto fuere